

El bondadoso bacón desprotegido

POR JAVIER BALTODANO

Quien tenga la oportunidad de navegar por el ancho río San Juan y admirar su entrañable y serena belleza -especialmente en un día de verano soleado y brillante-, tal vez se sorprenda cuando de pronto, entre la variada gama de verdes que presentan los últimos remanentes de bosque del lado tico, vea aparecer un morado estridente, intenso, sobresaliendo encima del dosel del bosque: se trata de un bacón.

El bondadoso bacón (*Couma macrocarpa*), especie de la familia de las apocynaceas, es un arbolón de fuste recto que alcanza hasta 35 metros de altura. Sus anchas y brillantes hojas dispuestas en verticilos de tres se caen hacia finales de febrero y, unas semanas después, aparecen los retoños de las hojitas nuevas que mezclados con la floración vistren al árbol de un intenso color morado veraniego.

En Costa Rica esta especie habita los bosques de la Zona Huetar Norte. Saíno, Boca Tapada, Cutris, Boca San Carlos, Boca Sarapiquí y Cureña son localidades donde se le puede ver. Su porte de gigante y su linda floración son orgullo de la región y engalanan los remanentes boscosos que todavía resisten al madereo intensivo. De hecho, la primera organización local ecologista de la región (Asociación Ecologista El Bacón, de Saíno de Pital) lo tomó de símbolo y adoptó su nombre. Y no es de extrañar, porque el Bacón no sólo brinda belleza: su sabia lechosa es muy nutritiva y ha sido usada tradicionalmente en esa zona como un com-

plemento nutricional para niños y grandes. Su fruto, una pelota amarilla de varios centímetros de diámetro, ofrece una pulpa aromática y deliciosa tanto para humanos como para otros mamíferos. De hecho, en la zona norte un bacón en frutación es reconocido como un *comedero natural de tepezcuintles* y en la Amazonia se ha reportado por lo menos un pueblo, los Yucuna -de Colombia-, que recolectan grandes cantidades de este fruto para fabricar, mezclado con almidón, una harina muy apetecida denominada cahuana (Ortiz, R. 1994. *Uso, conocimiento y manejo de algunos recursos naturales en el mundo Yucuna*. Ediciones Abya-Yala. Quito).

Tirado uno en el suelo, con binóculos, puede observar la morada floración del bacón de cerca, ¡pocas coreografías son tan vistosas y entretenidas!: un sinfín de abejitas, avispas, abejones, mariposas, colibríes danzando en torno a las flores, una nube de biodiversidad que se encoge y se estira, todos esperando turno para establecer contacto y gozar un poquito de su néctar; se trata de uno de los espectáculos biológicos más maravillosos que se pueda contemplar.

En 1999, en uno de esos días luminosos de mediados de marzo, a orillas del magnífico San Juan, un grupo de ecologistas tuvimos la dicha y la tristeza de vivir ese espectáculo. Dicha porque fue una bella y sutil danza que por momentos nos quitó el aliento. Tristeza porque el bacón que observábamos, un gigantillo de unos 30 metros de altura y 50 centímetros de diámetro, había sido *anillado* unas semanas antes. Es decir, como parte de un

Revista FORESTAL Centroamericana

...ofrece un panorama regional de la conservación y el manejo de bosques naturales y artificiales y los bienes y servicios que brindan; sobre especies, taxonomía y genética forestal; sobre aprovechamiento de recursos, silvicultura y plantaciones; sobre la problemática ambiental y particularmente la forestal; sobre economía, género y otros. Contiene informes de comunicación técnica, experiencias técnico-prácticas, resultados de investigaciones, resúmenes de tesis, ponencias e informes técnicos presentados en reuniones y talleres de trabajo y las principales noticias sobre las actividades que se desarrollan en la América Tropical.

La revista, con ocho años de trayectoria, está al servicio de empresas e instituciones para que sus anuncios lleguen a extensionistas, técnicos, investigadores, educadores y estudiantes suscritos.

<http://www.catie.ac.cr/informacion/revistas.htm>
rforesta@catie.ac.cr
Tel. (506) 556 6784
Fax. (506) 556 6282

CATIE



Un bacón anillado para provocar su muerte

tratamiento silvicultural, algún ingeniero forestal había definido que ese árbol era inútil para producir madera, no era útil para el bosque explotable y por ello debía morir, para darle campo a los árboles madereros; era su última floración. (Debe resaltarse aquí la contradicción -no infre-

cuente- de que el bosque en que estaba ese bacón estaba beneficiado con el pago de servicios ambientales por concepto de *manejo sostenible del bosque*.)

La zona en que habita el bacón no tiene prácticamente áreas de protección absoluta y su sobrevivencia en el país depende del manejo que se haga de los bosques en manos privadas. Ojalá la codicia humana no pase por encima de los valores estéticos y el reconocimiento ético de que todas las criaturas que habitan la Tierra tienen funciones que cumplir, se relacionan de muy diversas maneras con los otros organismos (la mayoría de estas relaciones ni siquiera son conocidas aún por la ciencia) y, en consecuencia, deben tener garantizado su espacio vital y su sobrevivencia. Ojalá se reconozca al bacón por los servicios que presta y no por los que no presta. Ojalá los niños del presente y del futuro puedan seguir admirando este monstruo morado que si bien no juega al fútbol sí se mantiene en la "primera división" de los árboles bondadosos que habitan los bosques húmedos, exquisitos, que aún sobreviven en la zona norte.

PLANTACIONES VS. BOSQUES

Los bosques antiguos absorben y retienen más los gases de efecto invernadero que las plantaciones forestales.

Un reciente estudio dirigido por Ernst-Detlef Schulze -director del Instituto Max Planck de Biogeoquímica (Jena)- sobre absorción de gases con efecto invernadero por parte de los árboles, cuyos resultados fueron hace algunas semanas publicados por la revista *Science*, concluye que los bosques maduros son mucho más eficaces que los árboles jóvenes para absorber el exceso de dióxido de carbono de la atmósfera producido por la combustión de carbón, petróleo y otros combustibles fósiles. En aquellos bosques las grandes cantidades de carbono tomadas del aire se almacenan no sólo en los troncos y ramas de los árboles sino también a gran profundidad en el suelo, donde pueden permanecer durante muchos siglos. Esto se constató en vastas regiones del trópico, Siberia y algunos parques nacionales alemanes, donde el suelo contiene enormes cantidades de carbono derivado de las hojas y ramas caídas y de las raíces que pueden permanecer allí durante más de un milenio. Al cortarse los árboles, las raíces se pudren y la tierra libera el carbono en forma de dióxido.